

La Sombra del cabalista

Américo Larralde

Se expone en este texto una lectura poco explorada del *Primero Sueño*, de Sor Juana, como poema místico. Se relaciona con la difusión de la cábala mística hebrea en el mundo cristiano, desde Abraham Abulafia hasta el jesuita Athanasius Kircher, quien la explica en un capítulo de su obra cumbre, el *Oedipus Egyptiacus*, introduciéndola en el mundo cerrado de la Nueva España. Igualmente aquí el autor sitúa a la monja como un espíritu moderno, apoyada en la concepción infinita del universo de Nicolás de Cusa, citado por ella tanto en el *Primero Sueño* como en la *Carta a Sor Filotea de la Cruz*. Una Sor Juana puesta al día con su tiempo.

Abraham Abulafia, cabalista extático, nació en Zaragoza en 1240 DC, el año 5000 desde la creación de Adán, al comienzo del nuevo milenio, fecha que lo predestinaba a realizar portentos.

Estudia con su padre la Torá, el Talmud y la Mishná y, cuando a los 17 años queda huérfano, se va por los caminos, desconsolado, buscándolo en Dios. Lo encuentra, subrogado, en el rabino Baruj Torgami (El Turco), quien le enseña a leer *El Libro de la Creación*, el *Séfer Yetzirá*, donde se refiere que Dios crea el universo valiéndose del poder de las letras del alefato. Este libro, junto con la *Guía de Perplejos* de Maimónides, estructuran su pensamiento con esa peculiar y extraordinaria combinación de lógica impecable y profunda intuición que caracterizan su enseñanza, la que le atrajo tantos adeptos, y a la vez, tan

enconados enemigos: No se invocan en vano los Nombres de Dios⁽¹⁾), así se llega a Él, bendito sea.

A los 40 años se le reveló su misión, nada menos la que tenía que cumplir el tan esperado Mesías: convertir al papa Nicolás III, enemigo acérrimo del pueblo judío.

En la víspera de Rosh ha Shaná, el año nuevo de su calendario, Abulafia partió a Roma. Supo que sus correligionarios, puestos de acuerdo con los cristianos, delataron sus intenciones. El papa mandó preparar una hoguera y ordenó que tan pronto llegara lo apresaran y lo quemaran vivo.

La noche anterior a su entrada, el cabalista acampó en las afueras de la ciudad y se sumió en dos profundas meditaciones.

Primero, la que él consideraba preparatoria: la meditación en el Árbol de la Vida. Ésta le aseguraría el poder y la limpieza de alma para cumplir con la misión que el Altísimo, bendito sea su nombre, le había impuesto. Y es que la entrada al árbol por la esfera de Maljut, el Reino, significa entrar al Jardín del Edén, el paraíso perdido, y enfrentar un ser descomunal , con más de 300 alas y miles de ojos: Metatrón, el ángel terrible que lo resguarda blandiendo una espada flamígera en perenne movimiento, desde que Elojím, bendito sea, expulsara del Jardín a Adán y Eva.

Enseguida, la segunda meditación, que le había sido revelada como la más adecuada para los tiempos que corrían. Consistía en permutar los Nombres de Dios, acompañando su entonación con sincopados

¹(1) El más arcano de los nombres de Dios para los cabalistas es el shemhaforesh,

el triple nombre de 72 letras derivado de los versículos del Exodus 14: 19-21.

movimientos de cabeza y respiraciones profundas y acompañadas. Esta total concentración en sus Nombres, desharía los nudos⁽²⁾ que mantenían a su alma atada a la cárcel corporal, dejándola libre para su vuelo extático.

Cuando a la mañana siguiente entró a Roma, se encontró con la noticia de que el papa había muerto durante la noche anterior. Lo apresaron pero no hicieron el intento de quemarlo; los *fraticelli* lo encerraron por 28 días, al cabo de los cuales salió indemne. Los siguientes 10 años recorrió el Mediterráneo: Italia, Grecia, Turquía y el sur de Francia y de España, como cabalista trashumante, difundiendo su técnica extática, el *tzeruf*, a través de más de 20 libros que escribió en este período, y de pláticas y debates con grupos de sabios cristianos y musulmanes. En 1291, Abuafalia desapareció y no se volvió a saber de él.

Abulafía advertía a sus discípulos del peligro que entrañaba esta práctica en que el cabalista de las letras arriesgaba su salud mental y hasta su vida. El escabroso sendero de acceso al Jardín es el sendero 32 del Árbol de la Vida; comunica a Maljut, la tierra, con Yesod, la luna, la vigilia aparente con la imaginación dormida.

Quienes se atrevan a entrar otra vez al Jardín del Edén, lo primero que tendrían que afrontar al comienzo del ascenso del Árbol --aparte de la espada revolvente en llamas de Metatrón-- era el viaje mismo: “ascender una escalera esférica que rotaba sobre su eje, mientras sus pensamientos, imágenes, fantasías y visiones, les darían vueltas sin cesar en su cabeza. Pero, sobre todo, tendrían que sobreponerse al horror de internarse en una nube oscura que escondía la luz.”⁽³⁾ Lo único que los podía salvar era

²⁽⁾ *Major trends in jewish mysticism*, pág. 131. Gershom Sholem, Shocken Books, New York 1961.

³⁽⁾ *Meditation and Kabalah*, Aryeh Kaplan, Samuel Weiser, 1985, pág. 80 y

siguientes. La traducción es mía.

darse cuenta que esa oscuridad, esa sombra piramidal que se proyectaba delante de ellos, impidiéndoles, a la vez que permitiéndoles avanzar, era su propia sombra, su propia oscuridad, que los escudaba de la luz que amenazaba con destruirlos, experiencia similar a la que muchos años después describirá Sor Juana en su *Primero Sueño*.

Tuvieron que pasar más de 400 años, lapso en que la enseñanza de la cábala se difundió por el mundo cristiano --a través de una cadena de sabios que comienza con Raimón Lull y Pico de la Mirandola, alumno de Abulafia; sigue con Marsilio Ficino, Johann Reuchlin, Philippe D'Aquin y Robert Fludd-- para que llegara a la Nueva España en el *Oedipus Egyptiacus*, obra cumbre de Athanasius Kircher, que contiene un capítulo llamado *Cabala Hebraorum*, (La Cábala de los Hebreos). Allí, el polifacético jesuita explica todo lo relativo al Árbol de la Vida, los Nombres de Dios y de sus Sefirot, las letras del alefato y su asignación a los Senderos, así como la meditación que hace falta para entrar de nuevo al Paraíso y ascender a la Causa Primera.

Sabemos que mientras estuvo en la corte, Juana Ramírez, dama de honor de la virreina Leonor Carreto, marquesa de Mancera, leyó esos libros y se deleitó con sus maravillosas imágenes gracias a que Francisco Ximénez los tenía. Él era amigo y corresponsal de Kircher, y como secretario de los virreyes, conocía e intimaba con aquella jovencita tan entendida como hermosa.

Sabemos que ella, ya como Sor Juana, declara en su *Carta a Sor Filotea*, haber leído *De Magnete* y que es ducha en “quirquerizar”, vocablo inventado por ella para, como el padre Atanasio Quirquerio (Kircher castellanizado), hacer toda clase de cábalas. Lo demuestra de sobra en su famoso romance que comienza con “Allá va, aunque no

debiera”, contestación al que le mandara anónimamente el conde de la Granja, deduciendo su nombre con estas cábolas.

También sabemos que ella, en su *Primero Sueño*, guarecida por la sombra de un eclipse lunar⁽⁴⁾, sube inmersa en la sombra, que es también su propia sombra, a la luna, y más allá, pretendiendo escalar las estrellas y llegar a la Causa Primera.

Allí deja claro que en un momento, por efímero que fuera, sí logra contemplarla con sus “ojos intelectuales”, como lo asienta en los versos 292 a 296, donde expresa lo inefable de la unión del alma individual con “el Alto Sér”, con una bella metáfora de indudable corte místico:

La cual [el alma], en tanto, toda convertida
a su inmaterial sér y esencia bella,
aquella contemplaba,
participada de alto Sér, centella
que con similitud en sí gozaba;

A renglón seguido (versos 297 a 312), comenta que su alma se siente libre, sin ataduras corporales --“desatados los nudos”⁽⁵⁾, dice Abulafia-- y que ha ascendido muy alto:

Y juzgándose casi dividida
de aquella que impedida
siempre la tiene, corporal cadena,
que grosera embaraza y torpe impide

⁴(1) *El Eclipse del Sueño de Sor Juana*. Américo Larralde. FCE. Colección Tezontle, México, D.F., 2012.

⁵(5) Ver nota 2.

el vuelo intelectual con que ya mide
 la cantidad inmensa de la Esfera,
 ya el curso considera
 regular con que giran desiguales
 los cuerpos celestiales,
 [...]
 puesta, a su parecer, en la eminente
 cumbre de un monte...

Lo que nunca sabremos, porque ella “no quería ruidos con la Inquisición”, y tal vez no importe, es si efectivamente practicó en la soledad de su celda alguna forma de Cábala Cristiana. Bástenos estos versos de su Sueño, pertenecientes a la gran tradición de los místicos de todas las religiones, que con metáforas parecidas han expresado su anhelo, o inclusive la experiencia, de ser Uno con El Amado, El Altísimo, Dios, La Causa Primera, El Alto Ser, El Intelecto Agente,...y, aunque varíe el nombre que otorgan a su meta —según qué tan devocional o filosófica es la técnica extática usada— es, en palabras de Sor Juana, una misma aspiración⁽⁶⁾:

Que como sube en piramidal punta
 al Cielo la ambiciosa llama ardiente,
 así la humana mente
 su figura trasunta,
 y a la Causa Primera siempre aspira,
 —céntrico punto donde recta tira

⁶⁽⁶⁾ *Primero Sueño*, Sor Juana Inés de la Cruz, versos 404 a 411.

la línea, si ya no circunferencia,
que contiene, infinita, toda esencia—

En esta definición de la Causa Primera de los últimos tres versos citados, sor Juana parafrasea a Nicolás de Cusa en el análisis que éste hace en su *Docta Ignorancia*⁽⁷⁾ de cómo una circunferencia de radio infinito es una línea recta que coincide con su diámetro. También en su *Carta a sor Filotea de la Cruz*, la monja se adhiere a la concepción cusana del Universo y de Dios, cuando cita a Kircher en *De Magnete*: “Todas las cosas salen de Dios, que es el centro a un tiempo y la circunferencia de donde salen y donde paran todas las líneas criadas.”⁽⁸⁾ Así —nos lo dice la propia poeta— su universo no es el cerrado mundo ptolemaico, sino el universo infinito de Nicolás de Cusa y de Giordano

